

UNA FAMILIA
IMPERFECTA

PEPA ROMA

Índice

Portada

Dedicatoria

Primera Parte

Caítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda Parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:





A Jordi

PRIMERA PARTE

Entiende esto: un día tu alma caerá de tu cuerpo y serás empujado detrás del velo que flota entre el universo y lo desconocido. En la espera: ¡sé feliz! No sabes de dónde vienes. No sabes a dónde vas.

OMAR KHAYYAM

CAPÍTULO 1

Una nueva vida comienza, me digo al encender la luz del recibidor, mientras me adentro por la procelosa oscuridad del pasillo. Que a eso vengo, a preparar el ajuar para su nueva vida.

En el comedor trato de discernir qué queda de alguna utilidad. Figuritas de Lladró desconchadas, raídas flores de tela que alguien le regaló en un lejano santo o cumpleaños, el botafumeiro en miniatura que compró en Santiago de Compostela, el sombrero gaucho de Canarias, *souvenirs* de sus muchos viajes con amigas, cuatro vasos de esos que parecen de cristal pero no lo son, un plato descantonado aquí, una taza con el asa rota más allá, un vaso aún con agua en la mesita junto a la butaca, objetos ralos entre libros desperdigados, como si hubieran sido abandonados por alguien que se ha llevado sólo lo mejor. Junto a los estantes a rebosar de libros, una vitrina vacía, despojada de sus tacitas de porcelana, de su licorero y de todo lo que se necesita en una casa de buena familia barcelonesa para recibir a las visitas.

Todavía me cuesta adaptarme al ambiente de desolación que ha adquirido el lugar sin todos esos platos con su sopera —vajilla de La Cartuja, la loza del domingo—, sin esa cristalería de cuarenta y ocho piezas, milimétricamente ordenadas por tamaños, con los que con tanto empeño quiso recrear una vida y una herencia que había sido desvalijada tiempo atrás. ¿Habrá quedado algún despertador que funcione, una linterna, algo con lo que llenar esta maleta para

quien está a punto de emprender viaje a un lugar sin retorno? Voy al costurero que está junto a la ventana donde me ha dicho que encontraría sus gafas, también la mantita que se pone sobre las piernas.

Una vez he hecho un repaso rápido del comedor en busca de objetos que pueda necesitar, paso al meollo de la casa, el dormitorio principal, donde desde que murió mi padre no he vuelto a entrar. Ver el niqui verde y los vaqueros de mi hermano junto a la cama de mi padre me tranquiliza. Su jersey sobado, la bolsa de plástico con un dentífrico vacío, un cepillo de dientes desmochado, la espuma de afeitar que habrá dejado en su última visita de fin de semana, todos esos enseres de aseo que transporta entre Barcelona y Palets me ahorran al menos tener que enfrentarme ahora al fantasma de mi padre. Aunque no al de mi madre.

Hurgar en sus cajones por primera vez arranca en mí cierta ternura hacia esa mujer a la que me prometí no volver a querer en la vida. Paso de la foto de boda en que aparece con mi padre sobre el tocador y abro los cajones para buscar las medias y la ropa interior que me ha pedido. Cojo lo primero que encuentro y cierro rápidamente. Y de la cómoda al armario. Selecciono entre sus ropitas que cuelgan de perchas las últimas que se ha comprado, doblo sus camisones con prevención, como quien prepara el ajuar para la hija que se va a desposar.

Al igual que la ropa del niño que envías al internado, o de la hija que se marcha al convento, hay que marcarlo todo con su nombre, me doy cuenta cuando ya tengo la ropa en la maleta. Y ahora volverla a sacar y ponerla a un lado para ir a la mercería y comprar varios metros de esas tiras blancas en las que se puede escribir el nombre encima con bolígrafo —Regina Camps del Sió, en buena caligrafía—, que luego pegas en cada prenda con la plancha. Es la forma más rápida para una tarea que antes podía llevar a mi madre meses, como cuando estuvo bordando mi nombre en punto de cruz —Cándida Sabanés en hilo de colores la Dalia— en la ropa que me llevé a la colonia de verano.

Cuando ya lo tengo todo en la maleta, recorro por segunda vez la calle Muntaner, desde Sant Gervasi hasta el Eixample, donde se encuentra el hospital. Sé que mi tarea nunca puede estar completa sin las mil y una rectificaciones de mi madre.

—Apunta —dice, señalando con su dedo huesudo sobre el papel en el que escribo—: hilo blanco, más hilo de bordar de todos los colores, más tijeras, más agujas, más dedal, ah, y no te olvides de...

Y yo apunto obediente, hasta que ella considera que ha quedado completa la lista de cosas que quiere que le lleve.

De nuevo en casa, busco todo lo que me ha pedido, también informes médicos, cartillas de banco para presentar en la residencia donde mañana ingresa; papeles ocultos en ingenuos escondrijos de niña que ella misma termina por olvidar, llegando a la conclusión de que se los ha robado la ecuatoriana de turno. Más de una vez he tenido que anular una cartilla en un banco después de que dijera con esas palabras ambiguas suyas «ha desaparecido», para encontrarla a continuación dentro de una caja de zapatos.

—Ya está, ahora sí que está todo en la maleta —le aseguro cuando vuelvo por tercera vez, ya de noche, para llevarle su caldito, ese sin el que no cenaría ni tomaría nada, tan mala requetemala es la comida de ese hospital, dice.

No tiene fuerzas para comer, pero parece reservarlas todas intactas para protestar, reprochar, con esa voz de la que se hace la débil, compensada por su mirada acerada, con ese brillo que traspasa el tupido velo de las cataratas, el lagrimeo de vieja.

—Venga, ámate, que mañana dejarás el hospital —le digo con la taza y la cuchara en la mano.

Recuerdo cuánto me ha insistido en que quería salir de aquí, perder de vista a esas enfermeras tan antipáticas, a esos médicos que no saben nada de lo que tiene, e irse a una residencia, donde se lo hagan todo, como en un hotel; porque debe de ser de los pocos viejos dispuestos a dejar su casa por una residencia. Ya no puede más en casa, en esto al menos es realista, ya no quiere ese estar lidiando to-

dos los días con esas chicas de ahora que no saben hacer nada, esas rumanas y sudamericanas a las que no les han enseñado cómo se hacen las cosas. Ya no quiere volver a casa, pero tampoco estar un día más en este hospital, hasta el punto de que he tenido que pedir el alta anticipada y recorrer Barcelona entera para encontrar la residencia adecuada. Me pregunto si no debería haber esperado a que estuviera aquí mi hermano para lidiar con todo esto.

—Te he buscado un sitio muy bonito, ya verás —le hablo como a los niños a los que hay que sacar de su cabezonearía.

—Me da igual esto que lo otro, ir a la residencia que quedarme en el hospital; para eso, prefiero morir. —Me mira, calibrando el efecto de sus palabras.

Ya sé que esto quiere decir que, además de traerle el caldo, hoy tendré que quedarme a dormir en el sillón que hay al lado. Dormir es un decir, claro, acompañada de los ronquidos de las viejas, mi madre y la que tiene en la cama de al lado, la otra actividad para la que no han perdido un ápice de potencia.

—Pero como no te vas a morir, es mejor que decidas qué prefieres, si quedarte aquí o ir a otra parte.

Decidida a no transigir, la dejé haciéndose la moribunda, preguntándome toda la noche si no debería abortar el traslado. Hasta que por la mañana he llegado al hospital y la he encontrado ya vestida y esperándome en su silla de ruedas, esa que le he comprado la última semana porque me han dicho que de aquí ya no podía salir con el andador.

—Ya puedo levantarme —anuncia—. Ya estoy mucho mejor.

Los continuos tropiezos a causa de un ictus que entorpece algunas de sus funciones motoras fueron la causa de la ruptura de la segunda cadera, por lo que fue ingresada y no es cuestión de asumir nuevos riesgos tan pronto. Pero la idea de irse, de cambiar de escenario, la llena de nuevo de energía y curiosidad, como a una niña a la que visten para su primer día de colegio. Le gusta. Le gusta ir a un sitio

nuevo con los demás niños; un sitio donde juegan los niños, los niños grandes.

—Empiezas una nueva vida —le digo abriendo la maleta, después de que una cuidadora la recogiera en la ambulancia que la ha traído a la residencia y nos dejase en la que será su habitación—. ¿Era éste el camisón que querías? —pregunto, mostrándole una a una las prendas que voy desplegando sobre la cama—. Te he traído también el rosa, por si acaso.

—Para guardarme en el armario no necesitaba tantas cosas.

—¿Armario? —Miro la amplísima sala que se abre al otro lado de la zona de dormitorios, una estancia enorme de altos techos, como esas de los antiguos hospitales o conventos, que es lo que debió de albergar en su momento el gran caserón modernista, situado en Montbau, un barrio no tan señorial como el nuestro, pero, al menos, otra de las zonas norte de Barcelona. Con sus óleos de santos y sofás tapizados de damasco en la salita de espera de la superiora, sus sillones de cuero sintético más funcionales en las salas de estar para los viejos, sus sillas de formica en las aulas para artesanías y labores, pero todo él un espacio pulcro, con ese toque pasado de moda que conservan los buenos colegios de monjas de la capital y también esas casas de la burguesía reacias al nuevo diseño, porque tienen muy a gala haber mantenido una herencia de la que se sienten orgullosas. Un lugar muy a la medida de la mujer que guarda intactos su amor por las labores, su obsesión por la limpieza, el cuidado personal y otros rituales con los que se domaron en las teresianas de Barcelona las *pubillas* salvajes de Palets.

—Sí, armario para viejos.

Al entrar y ver las hileras de ancianos en sus sillas de ruedas, perfectamente alineados frente a los ventanales o el televisor, otros jugando a las cartas o tomándose un café junto a la máquina del pasillo, le he dicho: «Mira, parece un

casino, con tanta gente, unos jugando a las cartas, otros mirando por la ventana, un café de casino». Un café sin barra, pero con una máquina de café. Y ella lo ha mirado sin decir nada, tal vez haciendo acopio de argumentos para el momento en el que pueda pillarme desprevenida, como ahora:

—... Ahí donde los dejan los hijos para darles el último piro.

Nunca había oído hablar a mi madre así. Claro que todavía no sabía hasta qué punto iba a cambiar su lenguaje, su comunicación conmigo, lo deslenguada que se volvería, como si tuviera que echarme encima toda la maledicencia que se había callado hasta ahora. Por lo menos me adelantaba en vida lo que me había prometido hacer cuando se muriera: volver todas las noches para tirarme de los pies mientras yo durmiera, castigarme por todo lo que había hecho con ella.

Su nueva vida, la vida en el armario. Así se ha tomado, pues, lo que tan penosamente me ha costado encontrar. Semanas de ir Barcelona arriba y abajo tachando nombres y direcciones en esa lista que me habían proporcionado en Asuntos Sociales del barrio hasta dar con esta residencia amplia y hermosa con capilla incluida y misa a diario, que es lo que pensé que más podía gustarle del lugar.

—Tómalo como un hotel, si no te gusta, siempre puedes cambiar.

No es la primera residencia a la que va. De hecho, había pasado ya por tres o cuatro antes de su última caída, cuando se rompió la primera cadera y dijo que ni con dos chicas a sus órdenes estaba para hacerse cargo de la casa. Cuando todavía vivía mi padre y, para mortificarlo, le amenazaba todo el día con quedarse en una residencia, el último lugar del mundo al que se sentía capaz de seguirla, después de haberla seguido toda la vida por los derroteros inciertos que le marcara su mujer.

—Ya veremos —me ha contestado mientras yo empujaba su silla por la sala de televisión, la de actividades, la de gimnasia, y la acomodaba en la mesa del comedor para lo

que será su primera comida aquí, esa de la que depende buena parte del veredicto que mañana tendré que escuchar sobre el lugar. Se reserva su opinión.

La he llevado a un barrio que no es nuestro barrio, y ahora, sin la tarea de ir a comprar o enseñar a una nueva asistente el mercado, la pescadería, la panadería, la tienda concreta, y no otra, donde hay que comprar cada cosa, me encuentro de golpe con todo el barrio para mí sola, sin saber ya qué hacer de él; este sitio al que durante décadas me negué a volver y al que cada vez que vuelvo me abstengo de mirar.

Levanto la vista al cielo siguiendo el vuelo de una paloma hasta un ático. Todavía me asombra mirar y ver esos altos edificios en lugar de un descampado o promontorio con pinos.

Recuerdo cuando llegué por primera vez aquí, a fines de los cincuenta. Tenía yo siete años y había estado ya varias veces en Barcelona visitando a mis tías, pero no en este barrio, allí donde los edificios de pisos terminaban abruptamente frente a descampados, torres que resistían solitarias al avance del derribo y nueva obra, y algún jardín con una fuente o estatua modernista descabezada. Reminiscencias de una época en la que los señores que vivían en la calle Fernando o Princesa, o los que volvían de Cuba con algún dinero se habían hecho construir torres solariegas un siglo antes, en las que todavía podías encontrar atrincherado algún marqués arruinado. Últimos resistentes dentro del cerco de nuevas construcciones que venía estrechándose desde la vía Augusta y la ronda General Mitre; dos grandes arterias para encuadrar la nueva trama urbana que estaba desplazando torres y jardines desde finales del XIX y que se acelera en los años cuarenta y cincuenta del XX. Tras los rigores de la posguerra y en puertas del llamado desarrollismo, los empresarios y políticos más arriesgados de Barcelona eligen esta zona para sus nuevas promociones urbanísticas, convirtiendo rápidamente el barrio de Sant Gervasi en la nueva parcela residencial de la burguesía, allí donde se

instalan los hijos emancipados que ya no caben en el Eixample, a diferencia de otros barrios, que iban expandiéndose a gran velocidad, a derecha e izquierda de la zona noble con los llegados de Andalucía y otras zonas deprimidas de España. Lo que hace que hoy sea conocido como la zona alta de Barcelona, en su doble connotación de altura geográfica sobre el mar y social.

Habíamos llegado aquí siguiendo la estela de unos abuelos que habían tenido una torre de veraneo en Sant Gervasi a finales del XIX —cuando éste no era todavía un barrio, sino parte del municipio de Sant Gervasi de Cassoles, al que pertenecían también la Bonanova y el Putxet, a las faldas del Tibidabo—, los mismos que empezaban a enviar a sus hijas a estudiar en las teresianas de la Bonanova, un internado obligado para toda niña a la que se aspire a casar convenientemente dentro de la sociedad barcelonesa o volver a la regencia de sus tierras con aires de gran señora, y al que, siguiendo con la tradición familiar, también serían enviadas mi madre y su hermana desde Palets.

Así pues, todo lo que antaño podía habernos relacionado con Sant Gervasi, lo que todavía podía considerarse el meollo antiguo del barrio, estaba siendo derribado ante nuestros ojos. Es todo lo que tenía enfrente el colmado, también el piso de encima en el que nos instalamos. Mi madre miraba a los descampados como si ya fueran sus posesiones, allí de donde nos iba a venir el dinero.

—Es el futuro —decía—. De aquí a dos años tendremos miles de clientes nuevos.

Siempre fue una mujer emprendedora y osada que se jactaba de haber recuperado ella sola las últimas tierras que su padre había empeñado jugando a las cartas cuando, aún adolescente y con su madre viuda y apocada, se presentó en casa del más temido y fanfarrón de Palets, obligándole a aceptar el dinero de la República, cuando a la República le quedaban tan pocos días como a su moneda. Y desde aquel momento consideró esas tierras como suyas, nada que cupiera repartir con sus dos hermanas. A negocianta no le ganaba nadie, presumía; lástima que tuviera

que cargar con semejantes rémoras, decía, refiriéndose al marido, también a mí.

Así que esto era Sant Gervasi, el nuevo barrio residencial de esa Barcelona en crecimiento y expansión. Debí de mirarlo un tanto decepcionada. A primera vista no parecía gran cosa, en comparación con la plaza de Catalunya, las fuentes de Montjuïc, el Rompeolas, Colón, esos bonitos sitios adonde me habían llevado mis tías cuando venía de visita, o la misma clínica de la Alianza, ese señorial edificio modernista en las inmediaciones del paseo San Juan, donde yo había nacido siete años antes, al que había vuelto con mi madre alguna vez. Sant Gervasi era considerado aún la periferia. Hasta que los nuevos bloques de edificios empezaron a levantarse con sus terrazas, esos amplios balcones hechos de paneles de cristal y aluminio donde rebota el sol y desde los que se expandía la luz, dejando a la vista maceteros cuadrados donde crecían árboles en miniatura y se derramaban enredaderas a modo de pequeños jardines colgantes. Edificios simétricos, simples, funcionales, que buscan la pureza de líneas, en los que la madera o el acero, todo aquello que habla de ingeniería y tecnología, contrasta con el hierro repujado y grandilocuente de los grandes portales de los edificios de enfrente, como aquel en el que está el colmado, y que se construyeron sólo una década antes.

Todavía me recuerdo sentada a la puerta o asomada a la ventana viendo levantar esos muros limpios, donde el color ha sustituido a las volutas y otros adornos por medio del uso de nuevos materiales, como el gresite o los bonitos tonos caldera del ladrillo a la vista que deja la nueva obra. A cada edificio que se inaugura, el barrio entero quiere estar ahí para ver cuando se desnuda su fachada, y los niños, los primeros. Entonces corren los *ah* y *oh* de admiración, junto a alguna reprobación del viejo más carca que considera la nueva arquitectura una muestra de decadencia. Cada edificio es una sorpresa, una mezcla ecléctica y única de las nuevas tendencias arquitectónicas que llegan de Italia o el resto de Europa, dice alguien que se hace el entendido.